

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

APUNTES HISTÓRICOS.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Don Juan de Tassis, correo mayor de España y Nápoles, conde de Villamediana, fué un poeta de sutilísimo ingenio, muy curioso en piedras preciosas, caballos y pinturas, y adornado en fin de todas las prendas que constituyen un perfecto caballero, flor y dechado de los galanteadores de su tiempo.

Cuentan algunos que tuvo el conde de Villamediana amores con la reina Isabel de Borbon, esposa del rey Felipe IV, voz que ha llegado hasta nuestros días sustentada en conjeturas mas ó menos verosímiles.

Aunque el recato del conde sobradamente cuerdo, nos negó en sus papeles trozos que pudiesen servir de luz y guía para investigar lo cierto entre las sombras que ha levantado el curso de los años sobre este suceso, hay en una de sus octavas, dirigidas á una dama que iba cazando por un bosque, los siguientes versos:

No faltará quien diga que es locura
poner en tal lugar el pensamiento,
que no puede llevarle la ventura
á mas que á muerte por conocimiento.
Yo sigo, como bien, mi desventura,

y sin sentido voy tras lo que siento,
teniendo por disculpa de atreverme
ser tanto lo que gano con perderme.

Su concepto, sin duda, dá ocasion á imaginar que el amor del conde, sobre estar puesto en un imposible, iba á riesgo de perecer en la empresa si lo miraba la fortuna con risueño y agradable semblante.

En estas y otras cosas (juntamente con la constante tradicion de sus amores con la reina Isabel de Borbon) halló fundamento mi amigo el señor don Patricio de la Escosura para escribir su drama intitulado *La corte del Buen Retiro*, que con tanto aplauso, crédito y concepto, se ha representado en nuestros teatros.

Pero yo vivo en la persuasion de que el carácter satírico del conde y sus doctrinas políticas, mas liberales de lo que consentia su siglo en aquella España esclava de los reyes y de los inquisidores, le ocasionaron sin género alguno de duda, la muerte que sufrió á manos de asesinos, pagados por la corte de Felipe IV.

Era en verdad estraña la condicion del buen conde de Villamediana. A cuanto pasaba entre los poderosos de Madrid componia sátiras, con una libertad de ánimo invencible. Marió don Baltasar de Rivera, presidente de Castilla y hombre de los mas habladores que entónces se conocian. Pues al punto compuso la siguiente copla:

Don Baltasar de Rivera

yace en aqueste lugar:
 la muerte le hizo callar,
 que otra cosa no pudiera.
 Mandólo enterrar Cabrera
 como el mas interesado;
 pues fué el primero llamado
 á la herencia de hablador.
 Dé al muerto el cielo el Señor,
 y enmudezca al heredero.

Las satirillas que escribió contra el duque de Lerma y contra el duque de Uceda, validos uno y otro del pobre rey Felipe III, son innumerables. Corrian manuscritas entre los principales caballeros de la corte, y alcanzaron grande estimacion y no menores aplausos. Aun hay mas: en la opinion del vulgo pasaba plaza de profeta el conde de Villamediana. A esta opinion aludia sin duda Tassis cuando dijo:

Villamediana, pues ya
 sois estrellero eminente,
 y en vuestra patria la gente
 nombre de profeta os dá,
 proseguid y acertará
 la pluma que os eterniza.
 Mirad que el vulgo os atiza
 diciendo, por si hay mas gatos,
 como Cristo ante Pilatos:
profetiza, profetiza.

Esta opinion del vulgo habia sido confirmada por algunos pronósticos que habian tenido cumplido efecto. Uno de ellos fué el siguiente:

Don Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias, un orgulloso y poderosísimo valido de Felipe III, una vez en ciertas justas y juegos de cañas trabó en la plaza Mayor de Madrid una pendencia con el capitán don Francisco Verdugo. A este suceso escribió Villamediana estos dos versos:

Pendencia con Verdugo y en la plaza,
 mala señal por cierto te amenaza.

Y efectivamente, á los dos años, en esa misma plaza, fué decapitado don Rodrigo Calde-

ron, marqués de Siete-Iglesias.

Esta circunstancia casual y otras semejantes, dieron en el vulgo autoridad de profeta al buen conde de Villamediana.

Entre las muchas sátiras y papeles políticos que compuso el que en mi opinion le ocasionó la muerte, fué un coloquio que fingió ser dicho entre dos pastores, y en el cual se hablaba largamente del rey Felipe IV, del conde-duque de Olivares y de los demás ministros que estaban cerca de su persona, cuidando del buen gobierno de esta vasta monarquía:

Poderoso rey tenemos
 cuyo miedo al mundo asombra:
 solo en retrato la sombra
 por figura conocemos.

—En los reyes vale el nombre
 mas que en los hombres el brazo:
 en los casos hace el caso,
 el nombre no, solo el hombre.

—Aunque en tierna edad sabemos
 que es justiciero y feroz:
 si lo es, sabelo Dios
 y nosotros que lo vemos.

—¿No ves con cuanto rigor
 vá desterrando traidores?
 Echáronle otros mayores
 para usurparle el favor.

Los que de presente privan
 fueron por justa eleccion.

Un ladron y otro ladron
 de una cosa se derivan.

Consejeros virtuosos
 tiene con quien se aconseja.

Si no es nuestra la abeja
 no hace panales sabrosos.

Y termina esta composicion, notable por las máximas de libertad política que encierra:

Si escogida la razon
 se desterrara el respeto
 que tiene el mundo sugeto
 á tan grande perdicion:
 si las estatuas de Atenas
 como oráculos no hablaran...
 y si las manos cerráran
 pues que ya las tienen llenas.

Si no andára desvalido
 el propio merecimiento,
 y el honrado atrevimiento
 no fuera por loco habido....
 Si las tierras de Dios
 Marte no las profanára,
 y si yo no me olvidara
 de mí mismo y vos de vos.
 Si se agotáran los charcos
 de hambrientas sabandijuelas,
 cuyas trazas y cautelas
 hacen sensibles los barcos.

Y si al fin las santas leyes
 nunca trocáran los dos,
 no queriendo el rey ser Dios
 ni los ministros ser reyes.
 Si Catilinas odiosos
 nuestras tierras no ocupáran,
 ni faltan hoy ni faltáran
 Viriatos valerosos.

Quien se esplicaba así cuando dominaba en España el mas bárbaro despotismo, así político como religioso, quien tales máximas de libertad difundia por la corte y por el vulgo, en papeles y versos que se trasladaban al punto en multitud de ejemplares y que se confiaban también á la memoria, precisamente habia de tener su vida á toda hora en peligro de perderse para siempre: fin que al cabo hubieron las sátiras del conde de Villamediana.

El odio contra el conde no ora nuevo. En el reinado de Felipe III ya tuvo á riesgo la vida, segun consta de una coleccion de cartas de aquel tiempo que existen en la Biblioteca de la Catedral de Sevilla, donde tantos tesoros literarios se conservan.

En 20 de Noviembre de 1618, escribia un caballero residente en la corte á otro que vivia en Sevilla:

«Al conde de Villamediana fué á ver don Luis de Paredes. Prendiéndole de parte de S. M.; y metió consigo dentro en un coche, y tres leguas de aquí, le notificó, pena de la vida que no entrase veinte leguas al rededor de Madrid y otras tantas de donde hubiese audiencia del

Rey, Salamanca, ni Córdoba, y escojiese el lugar que quisiese para vivir en él.»

Esto hicieron con el conde de Villamediana reinando el buen Felipe III. Luego que subió Felipe IV al trono volvió á la corte el conde, y la onmienda en difundir con sus escritos las máximas de libertad política, fué ninguna.

Ya cuando esparció por Madrid el mencionado coloquio entre los dos pastores, alborotáronse los ánimos de los validos de Felipe IV, y todos se conjuraron contra el satirico conde.

El 21 de agosto de 1622 entró Villamediana en Palacio, mas rodeado de criados que lo que siempre acostumbraba. Cuenta un escritor contemporáneo, que un religioso le advirtió que mirase por sí, que tenia peligro su vida; y que éste le respondió que sonaban sus razones mas á envidia que á advertimiento, con lo cual el fraile se retiró ofendido mas de su confianza que de su desenvoltura.

El conde, despreciando el saludable consejo, se pasó gozoso aquella tarde acompañado de don Luis de Haro, al cual con ruegos y porfias metió en su coche; y aunque don Luis se escusó mucho, él le apretó con tal instancia que, por fatal destino suyo, parece que lo quiso llevar para testigo de su muerte. Iba el conde bien descuidado y hablando con su compañero cosas de diversion, de caballos, de música y de poesia, cuando siendo la hora de anochecer, y antes de llegar á la calle Mayor, salió de uno de los portales un hombre, mandó parar el coche, llegó al conde, y despues de reconocerlo, le tiró un solo golpe; pero tan grande, que arreatándole la manga y carne del brazo izquierdo hasta los huesos, penetró el pecho y corazon, y fué á salir á las espaldas. El conde animosamente diciendo *esto es hecho*, y metiendo mano á la espada, se arrojó á la calle para seguir á su matador; pe-

ro espiró luego entre las propias palabras referidas y la feroza del ademan. Fué llevado de allí á su casa, adonde concurrió la corte toda á ver las bocas de la herida, que por disformes, juzgaron muchos haber sido hechas con arma artificiosa para despedazar cualquier defensa. Su familia estaba atónita, el pueblo suspenso y varia la opinion de todos sobre la causá de su muerte. Quien la atribuía á los amores del conde con la reina. Quien á las obras en que corrió á rienda suelta lo satírico y libre de su pluma.

Don Luis de Góngora y Argoto, poeta fundador de la secta de los cultos, y un verdadero saco de malicias y bellaquerías, compuso á la muerte del conde de Villamediana aquella sabida décima en que aludia al rey y á su privado el conde-duque:

Mentidero de Madrid, ó decidnos ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni se *es-conde*.
Su discurso discurrid:
decir que lo mató el Cid
por ser el conde Lozano,
disparate es chavacano.
Lo cierto del caso ha sido
que el matador fué *Vellido*,
y el impulso soberano.

Frey Lope de Vega Carpio, mas recatado que Góngora, le respondió con los mismos consonantes en otra décima á igual asunto:

Atenciones de Madrid,
no busqueis quién mató al conde,
pues su muerte no se esconde.
Con discurso discurrid
que hay quien mate sin ser Cid
á un insolente Lozano,
discurso fué chavacano:
y mentira haber fingido
que el matador fué *Vellido*
siendo impulso soberano.

Otro poeta su amigo compuso al conde este epitafio:

Ayer fui conde; hoy soy nada;

fui profeta y vi en mis dias
complidas mis profecías,
mi verdad autorizada.
De algun villano la espada
cortó la flor de mi edad,
y Madrid en su piedad
no tiene canonizado;
pues dice que me han quitado
la vida por la verdad.

Por último, el gran don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas, con aquella severidad tan notable en su pluma cuando la dedicaba á asuntos serios, escribió lleno de la mas santa indignacion contra los asesinos del infeliz conde de Villamediana;

Aquí una mano violenta,
mas segura que atrevida,
atajó el paso á una vida
y abrió camino á una afrenta.
Que el poder que osada intenta
jugar la espada desnuda,
el nombre de humano muda
en inhumano, y advierta
que pide venganza cierta
una salvacion en duda.

Otros muchos ingenios de aquel tiempo cantaron tristes ondechas y vertieron lágrimas de dolor á la memoria del infeliz Villamediana, muerto tan miserablemente en las calles de Madrid por la mas barbara tiranía.

Solo he traído á cuento estos funebres elogios para dar á entender en cuanta estimacion era tenido por los hombres mas célebres de su siglo el ilustre conde, y al propio tiempo para mostrar la importancia política que en la corte tenían las máximas de libertad que en sus escritos defendía este malaventurado caballero, y que al cabo le ocasionaron la muerte.

Tal fué el desdichado fin de don Juan de Tassis, conde de Villamediana. Su pluma libre y satirica en picantísimos libelos, entretuvo por algunos años á la cortesana ociosidad, derramando el veneno de sus censuras contra el mal gobierno. El conde-duque de Olivares, orgu-

Ilusísimo valido del rey Felipe IV, en vez de dar á su ingenio mordedor el disimulo por castigo, cortó el hilo á su ingenio y á su vida, no considerando que ninguna injuria es menos digna de satisfaccion y aun de venganza que las de la lengua ó de la pluma. Pero el natural soberbio del conde jamás perdonó á los que en su oprobio hablaban mal, ó á los que lo infamaban con picantísimos libelos, á menos que no se diga que creyó útil para la paz de España, privar de la vida á un caballero de altas prendas, de soberano ingenio y valor, que sustentaba en sus escritos las máximas de libertad política, asombro entónces de los que hacian para oprimir á cuantos eran sus súbditos.

ADOLFO DE CASTRO.

La Noche buena.

*Bien por el grato jaleo
que resuena en estas playas
de pitos y panderetas,
de zambombas y guitarras.*

*Placeres buscan las niñas,
placer, que estamos en Pascuas,
y es un tonto el que no toca,
y es un sándio el que no baila.*

*Por celebrar al Dios niño
ninguno duerme en su casa,
que entre dulces y juguetes
hay esta noche velada.*

*Pero Dios nació con frio
y abrigados se le canta,
desnudo se vino al mundo,
y hoy se adornan las muchachas.*

*Protéjales su inocencia,
guarde sencillas sus almas,
que por tanto festejarle
muchas perdieron la calma.*

*A las doce de la noche,
y entre bulla y algazara,
y apurando los licores,
que multiplican sus gracias:*

*La razon mucho se turba,
y poco el cuerpo se cansa.
Cantad en buen hora, niñas,
y plácido coro os hagan*

*Las voces de los mancebos
batiendo á compás las palmas.
Al son del crótalo alegre
mover las ligeras plantas,*

*Y ya con airosos brincos,
suspendase el pié en las auras,
ó en cada lánguido paso
cautiven vuestras miradas.*

*Mas no á los ojos del NIÑO
y por festejar las Pascuas,
la razon y la inocencia
aluyenteis de vuestras almas.*

*Y siga en buen hora el canto,
siga en buen hora la danza,
que yo esclamaré en mis versos
recordando vuestras gracias:*

*¡Bien por el grato jaleo
que resuena en estas playas,
de pitos y panderetas,
de zambombas y guitarras!*

FELIZ DE UZURIAGA.

BAILE EN EL CASINO.

En la noche del sábado 15 del corriente tuvo lugar en los salones del Casino gaditano un baile, que la galanteria de los individuos de esta sociedad daba en obsequio del bello séxo.

La elegancia y buen gusto con que está adornado diariamente este edificio, habia recibido esa noche un aumento considerable, tanto en el número de los candelabros que ilumi-

naban los salones, cuanto en las flores que colocadas en forma de ramos sobre las mesas y pedestales de las estatuas de la galería, embalsamaban el ambiente con la suavidad de sus perfumes.

La concurrencia fué bastante numerosa. Las lindas hijas de esta perla del mar, que mas bien pudjera llamarse concha de Vénus, pero no con las tres Gracias, sino con multitud de ellas, hicieron vistoso alarde de su hermosura y proverbial elegancia.

Bailóse mucho, reinando en toda esta inolvidable fiesta la belleza y la alegría.

Desde las diez de la noche hasta las cinco y media de la madrugada, tuvieron los salones del Casino gaditano la ventura de encerrar en su recinto las mas bellas flores que nacen en el suelo gaditano; no rosas que abren sus hojas al despuntar el dia y con la caída de la tarde perecen, sino otras mas lindas, de mas largo vivir y cuya memoria no se olvida tan fácilmente.

No podemos menos de tributar á los señores del Casino las justas alabanzas que merece su galantería en ofrecer al bello séxo un baile, del cual han quedado tan gratos recuerdos, y que tanto ha dado que hablar á la culta sociedad gaditana.



Sombra y dolor, cuando amaneco el dia,
mi vista solo alcanza:
no luce para bien del alma mia
el sol de la esperanza.

Pregonen con el alba su contento

las aves y las flores:
no puede serenar mi sufrimiento
la luz de mis amores.

Al puro rayo de la blanca aurora
le doy la bienvenida;
y aguardo entre jazmines á deshora
la estrella de mi vida.

Esconde los luceros la mañana,
cuando en oriente asoma;
y vuela á contemplar su luz temprana
la mas bella paloma.

Si pasas por el mar ó por la fuente
paloma á quien espero:
pregúntales si han visto en su corriente
la luz que yo mas quiero.

Mas si en el valle, soto, monte y rio
tu vista nada alcanza:
dí á las rosas que aguarda el amor mio
el sol de su esperanza.

EL JUICIO DE DIOS.

[CONTINÚA.]

A la salida del sol, un heraldo de los acusadores precedido de trompeteros y seguido de lanzas, pregonó la acusacion contra la sultana á son de trompeta, y arrojó cuatro guanteletes en la arena, retando á los presentes y porvenir que lo contrario sostuviesen.

Tras el estrado de los jueces, en que asentaba Muza, algunos caballeros armados se agitaron pretendiendo contestar al reto, pero el emir los contuvo.

Nadie contestó.

Y pasó el tiempo.

El populacho siempre impaciente murmuró, y el sol ascendió lentamente sobre el horizonte hasta marcar la hora de la oracion de adohar (medio dia).

Tornó á salir de la tienda de los Zegries

el heraldo en la misma forma que la vez anterior, repitióse la acusacion y el reto, y como antes nadie contestó á él.

Y pasaba el tiempo, el sol descendia á tocar á su ocaso; si no habia campeones para la sultana, debia morir de muerte de fuego como adúltera y enemiga del rey.

El semblante antes sereno de Zoraida, palideció mas de indignación que de terror; creyó que su carta habia sido desdeñada por los caballeros cristianos, y su orgullo de sultana se irritó.

Y tal vez un pensamiento distinto cruzó por su mente, arrancando una lágrima á sus ojos.

Bien hubiera podido acontecer que sus campeones hubiesen sido acometidos en la vega por fuerzas superiores, y la muerte acaso les impedia correr al sitio donde les llamaban su honor y la inocencia oprimida.

Contristóse el ánimo de la sultana, corrió el tiempo, y al fin el sol bañó con una estrella faja de rojiza luz los aleros de la plaza fronteros al Occidente.

Al fin desapareció aquel último rayo, y el sol se hundió tras el horizonte.

Era la oracion de almagreb (á puestas de sol).

De nuevo los heraldos, precedidos de los trompeteros, se adelantaron al centro del palenque, pero á punto que iban á resonar los clarines, oyóse gran alarido y gritería por la parte del Zacatin, y la trompeta del alcaide de la puerta avisó la llegada de los campeones.

Agitóse el pueblo desalentado ya; levantóse un sordo rumor, corrieron los escuderos á los caballos y á la tienda de los acusadores, subieron los jueces al estrado, el rey ocupó el trono, y menguó la palidez en el rostro de la sultana y de sus demas damas y esclavas.

Abrióse la puerta del Zacatin, y cuatro ginetes, al parecer berberiscos, por sus armas y por el linage de sus caballos, entraron al trote, adelantaron hasta el cadalso, saltaron á la arena, y uno de ellos salvó la gradería, y arrodillándose á los pies de la sultana, la dijo en arábigo aljamiado:

—Poderosa señora, yo y esos tres caballeros que conmigo son, somos tres hermanos berberiscos, que arrojados por el mar á las riberas del reino de Granada, hemos querido ver ciudad tan insigne y de tan claro nombre coronada.

Y viniendo su via, hemos sabido por un villano la afliccion en que te hallas, y á tus pies nos ponemos para ofrecerte en demanda de tu inocencia nuestras laazas y cuanto somos.

Calló el caballero, y la sultana le contempló un tanto en silencio.

Pero una esclava cristiana que estaba junto á ella y que no quitaba ojo del guerrero, la dijo con voz recatada:

—Acepta, señora, porque ese que á tus pies miras no es otro que D. Juan Chacon, señor de Cartagena, á quien escribiste aquellas letras por mi consejo.

Sonrió tristemente la sultana, mirando con agradecimiento al capitán castellano, que aun doblaba ante ella la rodilla y exclamó con voz conmovida:

—Dios te premie y á tus hermanos, caballero, la merced que me haces; yo os acepto como campeones, y en Allah y en vosotros confío, volverá á brillar mi pureza, traidoramente mancillada por los infames Zegries.

Don Juan Chacon besó la mano á la sultana, bajó del cadalso, cabalgó y esperó en ademán de atencion á que se pregonase el tercer reto.

Las trompetas lanzaron al espacio su áspero sonido y repitióse la acusacion.

—Miente como cobarde y villano, heraldo, dijo don Juan Chacon en una voz tan pujante, que retumbó en los cuatro ángulos de la plaza; y miente quien tal te manda decir, y quien lo sostenga, y quien al escucharlo calle; y en prenda y señal de desafio, á muerte, sin perdon ni plazo, ved lo que haré y harán conmigo mis hermanos.

Y atravesando el palenque á media rienda los cuatro caballeros hirieron con los agudos hierros de sus picas las adargas de los mantenedores, suspendidas de las lanzas á la puerta de la tienda.

Oyóse un sonido vibrante y metálico, las adargas cayeron á la arena, y los caballeros defensores tomaron campo y fueron á situarse al otro lado del palenque, vuelta la espalda á la sultana, á tiempo que Hamet-Zegri, Mahandin, Mahandon-Gomet y Mahomet-Zegri, tomando las adargas heridas de manos de sus escuderos, cabalgaron y adelantaron en el palenque hasta ponerse frente á frente de los cuatro castellanos.

Mahomet-Zegri enfiló con el alcaide de los Donceles, don Diego Fernandez de Córdoba;

Hamet-Zegri, con don Manuel Ponce de Leon; Mahandon-Gomet, con don Alonso de Aguilar, y Mahandin con el señor de Cartagena.

Bajaron los jueces del campo á la arena, demandaron juramento á los caballeros de lidiar como buenos y leales, sin ayuda de hechicerias ni amuletos, les partieron el sol (1), y Muza dijo en alta voz:

—Campo cerrado y batalla os concedemos, caballeros: partid y haced vuestro deber.

Al mismo tiempo hicieron señal los añafles y los atabales, el rey arrojó á la arena su baston de oro, y los combatientes partieron uno contra otro, chocándose entre una nube de polvo en medio del palenque.

Retumbó el encuentro rudo y poderoso en los ámbitos de la plaza, y cuando se desvaneció el remolino, la multitud miró con ansiedad.

Todos los caballeros estaban en los arzones y se habian cruzado resbalandó las picas al soslayo, en las acicaladas adargas.

Tomaron de nuevo campo, encontráronse con igual ímpetu, la pica del alcaide de los Donceles lanzó desapoderado de la silla al feróz Mahomet-Zegri, y los tres caballeros no encontrando ventaja volvieron á tomar campo.

Mahomet, en tanto, se habia levantado fuera de sí de cólera yendo con rabia á desjarretar el caballo de don Diego Fernandez de Córdoba; pero las habia con un enemigo experimentado y encontrólo pié á tierra junto á sí, la espada en alte; y antes de que hubiese podido adargarse, la toca y la mitad del bonete del Zegri vinieron al suelo tras una terrible cuchillada del cristiano.

El moro llevaba lo peor; acosábale don Diego y caian sobre él los terribles golpes de su mandoble, rebotando en su armadura de Fez con igual ímpetu que el recio granizo de la tempestad sobre las altas cúpulas; y retrocedía Mahomet, dejando tras sí pedazos de desguarnecida armadura y girones de su sayo de púrpura, y acorralábale el valiente alcaide de los Donceles, hasta que le puso entre su espada y la valla que sustentaba uno de los costados del cadalso de la sultana.

Rugía el moro como un tigre herido por un leon, y era espantoso de ver su semblante

y los furiosos tajos que su espada descargaba sobre la adarga damasquina que embrazaba el castellano.

Y duraba el combate; corria la sangre de entrambos campeones.

Zoraida pálida y aterrada miraba con ansiedad el rostro de don Diego, y este cobró alientos y fuerzas ante la suplicante mirada de la sultana.

Enojóle tanta resistencia; arrojó lejos de sí la adarga, alzó su espada á dos manos, describió con ella un ancho círculo sobre su cabeza, y exclamando:

—¡Santiago y Castilla! La dejó caer con el ímpetu de una encina derrumbada por el huracan sobre el moro.

Nadie, entre el estruendo del combate que allá en el sol del palenque se sustentaba á caballo, oyó el grito de guerra del alcaide de los Donceles, sino Mahomet que cayó por tierra como si le hubiese herido un rayo, exclamando con amortecida voz:

¡Traicion! son castellanos!

Y su lengua se heló, rodaron sus ojos en las órbitas, y la lividez de la muerte alteró su semblante.

Saludó el generoso alcaide á la sultana, recogió la adarga, requirió el caballo, y cabalgando se retiró á un lado para ver la suerte del combate, que seguía encarnizado entre los otros seis caballeros.

Los que mas á punto de vencimiento estaban eran don Juan Chacon y Mahandin.

Entrambos habian roto sus lanzas; entrambos habian desguarnecido el bonete de su enemigo, combatian con las cabezas desnudas, y las adargas, cercenadas por los poderosos aceros, apenas bastaban á la defensa.

Cruzaban y volvian á cruzarse los caballos; cada golpe era una herida, cada choque un amago de muerte.

El moro mostraba sus ojos inyectados de sangre, como la hiena que olfatea los cadáveres; el señor de Cartagena le fascinaba con su ardiente mirada.

(Concluirá.)

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.

(1) Esto es, el terreno por partes iguales.